
María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez

Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850

Medellín, Universidad de Antioquia, 1987, 300 páginas

Los autores de esta obra —una socióloga y un economista distinguidos, del Centro de Investigaciones en las Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia— se proponen cuestionar algunos presupuestos sobre el proceso de formación de la nación colombiana que se han convertido en dogmas, aquellos relacionados con polémicas sobre el librecambio, la federación, la Iglesia, el latifundio y la colonización. Para el efecto, examinan con esmero el estratégico período inicial de 1810 a 1850 en que llega lo que se ha denominado “la revolución del medio siglo”.

El resultado es sumamente interesante porque, para demostrar sus tesis, los autores elaboraron presupuestos que enriquecen la teoría de la regionalidad, hoy en boga. Postulan correctamente, en mi opinión, que no hubo nación en el territorio colombiano por el solo hecho de haberse proclamado un Estado convencional, sino que éste y aquélla se fueron conformando penosamente como consecuencia de un proyecto político basado en desarrollos regionales y acuer-

dos económicos suprarregionales de las clases dominantes locales. Las regiones, como unidades sociales fundamentales, siguieron vivas y autónomas por mucho tiempo, lo cual dio al Estado librecambista de entonces sus primeras características federativas. Esta fórmula permitió que la nación colombiana-neogranadina sobreviviera como tal a las diversas embestidas separatistas que ocurrieron. Pero este proceso unitario e integrador todavía sigue incompleto y débil, lo cual no deja de tener ventajas democráticas para las comunidades de base.

De esta manera los autores argumentan, de manera general, que la regionalidad refleja una multiplicidad de intereses económicos y corporativos que se enfrentan entre sí por el control de los procesos productivos en cada zona, y que los conflictos resultantes solo pueden resolverse, en un plano mayor, con diversos tipos de reformas políticas, como las aprobadas entre 1848 y 1852.

Para los lectores acostumbrados a las interpretaciones centralistas que han

sido hasta ahora dominantes debido a la incidencia del modelo europeizante del Estado-Nación, este libro es un buen correctivo. De allí la útil recuperación que hace del concepto de “pueblo histórico” de Otto Bauer. Por eso también reconforta leer de manera sistemática sobre el desarrollo multifocal de los mercados regionales, el avance de formas de producción campesina, la privatización explotadora de los resguardos indígenas, el efecto equilibrante de los cabildos y de las guerrillas de la Independencia sobre el ejército nacional, las fracturas interiores de los diversos pueblos que constituyeron las bases de una nacionalidad incipiente, todo lo cual nos acerca a lo que era la realidad socio-económica y política de esa época tan poco comprendida.

La obra está bien documentada y facilita el acceso a manuscritos de archivos (algunos de baúl) y libros raros de provincia, por lo cual hay que agradecer doblemente a los autores.

Orlando Fals Borda